

Los primeros filósofos jonios, si acaso ellos, tuvieron enfrente la naturaleza. Gozaron del privilegio propio de los inicios de la terrible soledad ante la cual el mundo se les ofrecía apenas poblado de significaciones. Tan solo los agotados mitos organizaban ese paisaje casi virgen que se ofrecía a la razón. Después todo cambió, y ese acceso directo, sin apenas mediadores, prístino y a una torpe, como todo inicio, a esa realidad que se abría y oponía a la razón se perdió por su propia obra. Cada nuevo intento de acceso recorría y obturaba los viejos senderos, y abría otros nuevos; estos cada vez más dilatados y complejos, no pocas veces tortuosos, otras erráticos, las menos directos y luminosos. Y hace ya tiempo que, al menos en todo aquello que conserva algo del hálito de la filosofía, solo a través del pensamiento del pensamiento se piensa toda realidad allende el pensamiento, sea esta natural o humana. Esa desdibujada en sus contornos tradición denominada filosofía se perpetúa a base de reediciones de sí. Cada uno de sus momentos ha germinado, alcanzado su altura y, en última instancia, fracasado en un incesante preguntar y descifrar a aquellos que le han precedido y a partir de los cuales construye. Solo a través de ellos, fundido con ellos, se le ha ofrecido un mundo cada vez más denso y cargado de significaciones. La filosofía se ha labrado a través de interpretaciones; interpretaciones que lo son de otras interpretaciones. Su historia constituye un gigantesco y dilatado a través de generaciones ejercicio de anamnesis que, en perpetuo intercambio con su otro u afuera, se autoalimenta. El resultado es acumulativo; desde Grecia, generación tras generación va superponiendo capas de significados y contribuyendo a la formación de un palimpsesto que cifra lo que se ha dado en llamar la *sabiduría de occidente*. Y es en el medio de este juego universal de interpretaciones donde se constituye todo objeto de la reflexión. No hay inmediatez; solo en los principios se adivina su imposible cercanía al precio de la simplicidad y la tosquedad. Y entre todas ellas, las ha habido geniales. Los grandes hitos de la historia de la filosofía, aquellos logros cuyos ecos se resuenan años y siglos, fecundos, creadores de tradición y escuelas, son interpretaciones

Revista de Libros
de la Torre del Virrey
Número 3
2014/1
ISSN 2255-2022

MIGUEL SARALEGUI BENITO, *Maquiavelo y la contradicción. Un estudio sobre fortuna, virtud y teoría de la acción*, EUNSA, Navarra, 2013, 480 pp. ISBN 9788431328955



Palabras clave:
Maquiavelo
Historia de la filosofía
interpretación
contradicción



que se han emancipado y cobrado autonomía frente a sus fuentes. A través de ellas, pretendiendo alcanzarlas, van más allá de ellas. Aquí estriba su carácter revolucionario; en la novedad. En que terminan diciendo, no pocas veces pese a sí, lo aún no dicho. Platón, sin duda, el primero. A través de él hablan los filósofos jonios y los eleáticos junto a los sofistas y su maestro Sócrates; y a todos ellos sobrepasa en su construcción del mundo. Una construcción, sin embargo, realizada, entre otras, con viejas piezas, los recién superados mundos. Después vendrían, entre otros, Aristóteles, Descartes, Kant, Hegel, Nietzsche, Heidegger, Wittgenstein...

Pero estos iconos no son sino las excepciones que se han levantado a todo lo largo de la historia de la filosofía occidental, articulándola, sobre la prolífica labor de innumerables estudiosos y comentaristas que constituyen la *intrahistoria* de este laborioso devenir de las ideas. La progresiva universalización de la alta cultura en todos los ámbitos que se ha ido produciendo desde hace ya tiempo ha propiciado la multiplicación de su número. Algo que hoy puede sin duda, paradójicamente, convertirse en una dificultad, y no menor. La sobreabundancia de informaciones puede convertirse en un obstáculo para el saber. Sin embargo, unas y otros, las grandes construcciones de la filosofía occidental y los discretos estudios, monografías o exégesis, comparten una misma naturaleza y *pathos*: son interpretaciones destinadas a hacer hablar a sus fuentes en la perspectiva, siempre, de una elucidación del objeto, de la constitución de un mundo o, en definitiva, de la verdad. Es hoy común denominar *bibliografía secundaria* al conjunto de estos últimos. Lo son porque no se emancipan de sus fuentes, porque permanecen presos de un discurso que los seduce y atrapa, porque no van más allá, porque no son capaces de ver con otros ojos, porque solo repiten, y peor. Las grandes figuras de la historia de la filosofía constituyen núcleos que generan de forma incesante, aunque sometidos a las fluctuaciones de lo que pudiera, con cierta frivolidad, tildarse de modas, todo tipo de comentarios y análisis encuadrables en esta categoría bibliográfica. Y estos trabajos hermenéuticos buscan y *construyen* casi imperceptiblemente la coherencia, la integridad de su autor

«Los grandes hitos de la historia de la filosofía, aquellos logros cuyos ecos se resuenan años y siglos, fecundos, creadores de tradición y escuelas, son interpretaciones que se han emancipado y cobrado autonomía frente a sus fuentes»

objeto, aún a pesar suyo, de forma que este queda oculto por una, a veces, muchedumbre de *alter egos* hechos de buenas intenciones, respeto y pretensiones de fidelidad al original... Por eso tantas veces, para alcanzar a un gran autor, es conveniente esquivar a sus innumerables círculos de intérpretes que ponen sobre lo puesto.

Maquiavelo es paradigmático a este respecto. Como señala Lefort¹, hay que distinguirlo netamente de la tradición que origina y en la que su figura se esclerotiza dentro y fuera también de los círculos académicos, tal como los usos del término “maquiavélico” acreditan. La obra de Miguel Saralegui *Maquiavelo y la contradicción. Un estudio sobre fortuna, virtud y teoría de la acción* comparte esta percepción y pretende salvar a Maquiavelo de las sucesivas oleadas de sus reconstrucciones. Tal vez, una de las aportaciones más relevantes del minucioso, prolijo y erudito estudio de Saralegui consista en evidenciar esta práctica basada en una deficiente autoconciencia de la tarea del intérprete que, no pudiendo ni sabiendo ir a lomos de su autor más allá de éste, termina proyectando sobre él unas categorías que deshacen la riqueza, la polisemia y los potenciales significativos precisamente en base a los cuales se ha convertido en la historia del pensamiento en un referente capaz de estimular y desencadenar incesantemente renovadas reflexiones. Tales prácticas transforman la vitalidad del original en columbarios de conceptos; producen reconstrucciones grises y estériles. Sin embargo, Saralegui apenas pasa de ahí; no se despega de esta certificación. No termina de explotar hermenéuticamente la contradicción que evidencia en Maquiavelo.

Grosso modo, encontramos en las dilatadas páginas de *Maquiavelo y la contradicción* tres partes: en una primera, compuesta por la introducción y el capítulo 1, se formula la idea rectora de la obra por la cual se pretende no *resolver* ni forzar mediante artificio heurístico alguno las contradicciones adivinadas o intuitas en Maquiavelo, sino, más bien, sacarlas a primer plano y exponerlas en toda su extensión; la segunda parte, que abarca los capítulos 2 al 4, ocupando el grueso del texto, constituye un ejercicio de erudición que expone las contradicciones que exhibe la producción de Maquiavelo en tres destacados

1. CLAUDE LEFORT, *Maquiavelo. Lecturas de lo político*, Trotta, Madrid, 2010.

órdenes conceptuales, el de la *fortuna*, el de la *virtud* y el de la *acción*; finalmente, la última parte de la obra, el apartado *conclusiones* con una extensión insignificante en relación al conjunto y un carácter casi gestual, según su expresa intención pretende extraer significados de la contradicción descubierta. Sin embargo, aquí es donde se manifiesta alguna insuficiencia de la obra, cierto carácter fallido, pues no pasa de mencionar, no alcanzando a discutir a fin de aquilatar una posición teórica a través de la interpretación, aquello que sin duda debía constituir el fin de la misma: el valor de Maquiavelo hoy, su actualidad, en la disputa en el seno del pensamiento político entre la modernidad y la posmodernidad -precisamente es en este extremo donde la interpretación plenamente consciente de sí, que asume la pura nulidad del mero, e imposible, repetir, atravesándolo, trasciende a su autor, y en esta misma medida le hace justicia-. Es pues esta una insuficiencia relativa al alcance de las reflexiones de Saralegui, que caen claramente por debajo de las pretensiones asociadas a su tratamiento inicial de la contradicción en relación a sus críticas de la tarea interpretativa en la historia de las ideas.

Comienza Saralegui constatando la ingente y peculiar tradición que ha generado la obra de Maquiavelo: “Dos características definen el estado de la bibliografía maquiaveliana: la inagotable fecundidad y el completo disenso” (p. 19). Es esta una tradición que prácticamente ha agotado los calificativos y las atribuciones; que ha visto o proyectado todo en él. Una tradición, por tanto, constituida a base de posiciones e interpretaciones contradictorias de Maquiavelo. La razón de ser de tal polifonía en la recepción de Maquiavelo a lo largo del tiempo estriba, y esta constituye la primera tesis con calado de Saralegui, no en la ligereza, el dogmatismo o la precipitación de los estudiosos, sino que anuda en las ambigüedades, en los huecos semánticos y en las contradicciones que se multiplican a través del pensamiento del autor renacentista. Es, pues, el genio contradictorio el que proyecta una tradición con mil caras. Y todas ellas, justificadamente, se miran en él como en un espejo. La atención selectiva de los intérpretes a ciertos textos de Maquiavelo y la minusvaloración o exclusión de los con estos disonantes es la razón última

«Y estos trabajos hermenéuticos buscan y construyen casi imperceptiblemente la coherencia, la integridad de su autor objeto, aún a pesar suyo, de forma que este queda oculto por una, a veces, muchedumbre de alter egos hechos de buenas intenciones, respeto y pretensiones de fidelidad al original...»

de esta tradición de lectores maquiavelanos que multiplica los rostros de Jano. Frente a estas unilateralidades, es la intención del estudio de Saralegui recuperar un Maquiavelo *completo* e íntegro y, justo aquí, es donde se patentiza su radical naturaleza contradictoria. Al no presuponer coherencia alguna, la ausencia de este prejuicio hermenéutico libera a Saralegui de construir un Maquiavelo a costa de Maquiavelo. Frente a las tendencias al uso de las que se hace eco, que a través de artificios interpretativos han estilizado las contradicciones, paradojas y antinomias en Maquiavelo allí donde las han detectado o que, simplemente, las han ignorado, Saralegui convierte la contradicción en el centro de su estudio y articula en torno a ella la imagen de un Maquiavelo disonante y áspero, pero en la que no se desecha, sin embargo, perfil alguno.

Tras esta introductoria declaración de intenciones en la que se fija el objetivo del estudio sobre Maquiavelo ubicándolo en la tradición hermenéutica, pasa Saralegui a desarrollar una serie de reflexiones metódicas en torno al tratamiento de la contradicción en el ejercicio interpretativo. Y señala justo al iniciarlas: “Sólo rara vez se llega a afirmar que un autor es contradictorio o que en una obra hay contradicciones. Además, cuando la contradicción aparece, normalmente se atribuye, esta vez sí, a una figura menor de la historia intelectual” (p. 37). El común de las interpretaciones tiene horror a la contradicción que, indica, esquiva, estiliza o disuelve en base a los más variados artificios que, no obstante, plantean al instante cuestiones de arbitrariedad y justificabilidad. La consecuencia de tal *horror vacui* —la contradicción aboca si no a un vacío semántico estricto, al menos a una indeterminación difícilmente manejable presupuesta cierta *buena fe*— es un dogmatismo idealizador en el seno de aquella disciplina que se define precisamente por su proceder crítico. Desmarcándose de esta generalizada estrategia interpretativa que neutraliza la contradicción en el conjunto de la obra de un autor, Saralegui discute y revisa una segunda opción interpretativa, minoritaria y residual en la historia de las ideas, observa, que parte de su reconocimiento en los grandes textos de la historia de la filosofía a fin de establecer y fundamentar teóricamente el tratamiento de la contradic-

«Aquí es donde se manifiesta alguna insuficiencia de la obra, cierto carácter fallido, pues no pasa de mencionar, no alcanzando a discutir a fin de aquilatar una posición teórica a través de la interpretación, aquello que sin duda debía constituir el fin de la misma: el valor de Maquiavelo hoy, su actualidad, en la disputa en el seno del pensamiento político entre la modernidad y la posmodernidad»

ción en los campos semánticos de la fortuna, de la virtud y de la acción que efectúa en los capítulos 2, 3 y 4. En esta clave general de aceptación desarrollan sus particulares posiciones autores como Quentin Skinner, John Dunn, Michel Foucault y Rodolfo Mondolfo, cuyas posiciones son objeto de discusión por Saralegui.

La propuesta metódica general surgida a partir de estas reflexiones críticas en torno a las grandes líneas teóricas en el tratamiento de la contradicción en la labor interpretativa parte de un principio básico: no se debe presuponer en ningún caso la coherencia. Sin embargo, añade Saralegui, la contradicción ha de poseer un carácter más bien marginal, pues en caso contrario el autor devendría ininteligible, y es un hecho hermenéutico contrastado la *significatividad* de Maquiavelo. Ante la presencia de contradicciones *macrotextuales*, tendidas entre diferentes textos o, incluso, entre diversas partes de una misma obra, dado el prolongado tiempo de redacción acreditado en algunas capitales como los *Discursos* o *El príncipe*, la primera estrategia interpretativa de Saralegui es la ordenación diacrónica: mostrar la sucesión temporal que presentan los polos de la contradicción. El límite de este proceder *reductor* que racionaliza la contradicción bajo la figura de la evolución teórica del autor se encuentra en el capítulo. Entiende Saralegui que las contradicciones en el seno de un mismo capítulo adoptan el carácter de *microtextuales*, siendo, consecuentemente, atribuidas a un déficit argumentativo. Indica, además, que la efectividad de la *racionalización diacrónica* de la contradicción depende de la naturaleza teórica de la cuestión afectada por la misma, aunque ello no queda en absoluto justificado. En todo caso, recalca que esta secuenciación temporal no liquida la contradicción, sino que tan solo la aclara apelando al motivo de la evolución lógica o psicológica del autor. Pero ello no deja constituir un lugar común, si no una trivialidad: efectivamente, muchos autores, cuando no prácticamente todos, tal como evidencian las monografías más acreditadas, presentan etapas en su evolución intelectual. Ya los manuales introductorios básicos informan al respecto. Y, justamente, lo que determina la presencia de diversos períodos en un autor es la existencia de posiciones teóricas netamente diferentes y

«Saralegui convierte la contradicción en el centro de su estudio y articula en torno a ella la imagen de un Maquiavelo disonante y áspero, pero en la que no se desecha, sin embargo, perfil alguno»

no pocas veces excluyentes. Aquí, por lo tanto, en esencia nada nuevo en Saralegui. Se adhiere, en último término, a la primera estrategia evasora de la contradicción que señala la coexistencia en un autor de diferentes posiciones secuenciadas diacrónicamente que, en principio, no afecta a la coherencia interna de cada una de ellas. En el caso de las contradicciones microtextuales, señala Saralegui que antes de aceptar su pura nulidad semántica hay que explorar la cualidad retórica del texto en el que se presentan a fin de descubrir potenciales significativos encriptados en ellas. De nuevo, la idea no es disolver la contradicción, sino racionalizarla; ahora explotándola semánticamente². Finalmente, queda un tercer tipo de contradicciones. Está constituido por aquellas que presentando un carácter macrotextual, no son, sin embargo, reductibles diacrónicamente. Para este último grupo de contradicciones, refractarias a cualquier forma de racionalización, Saralegui aboga por realizar una exhaustiva labor de fijación de la pluralidad de los significados que presenta el concepto contradictorio, una topografía semántica del mismo, a fin de utilizarla como instrumento de desenmascaramiento y crítica de aquellas interpretaciones unilaterales de Maquiavelo cuyo fundamento descansa en una apropiación selectiva, sea puramente inconsciente o sea no justificada, de alguno de los significados o tesis derivadas en liza y franca oposición. La analítica de este tipo de contradicciones concluye con la identificación y contrastación con los a él asociados del ámbito epistémico en el que se despliega la pluralidad semántica del concepto contradictorio.

En principio, el segundo y el tercer tipo de contradicciones, las microtextuales y las macrotextuales no racionalizables diacrónicamente, constituyen frente al primero de ellos, éste más bien un lugar común, el centro de interés del trabajo de Saralegui; por el productivo esfuerzo hermenéutico implicado en todo desciframiento de textos tejidos con varias capas semánticas aparentemente irreductibles, en el primer caso, y por el ejercicio de revisión crítica de la recepción de Maquiavelo que, por decirlo así, obliga a salir de éste y discutir en presente, en el segundo.

2. Aquí la práctica hermenéutica de Saralegui, de alguna manera, sin duda difusa y tal vez no intencional, se está haciendo eco del famoso *dictum* adorniano según el cual el pensamiento fecundo es aquél que procede en contradicciones. Ver THEODOR W. ADORNO, *Dialéctica negativa*, Taurus, Madrid, 1975. Especialmente la segunda parte, *Definición y categorías*, en la que Adorno expone su idea medular del *pensamiento de la diferencia*.

A lo largo de los capítulos centrales de su estudio se va acreditando este proceder metódico expuesto. Así, en el capítulo 2, *Las cuatro fortunas de Maquiavelo*, a partir de las oscilaciones detectadas entre determinismo e indeterminismo en la producción maquiavelana, desplazamientos que involucran tanto contradicciones macro como micro-textuales, se concluye que:

“El determinismo de Maquiavelo presenta cuatro caras. Si este enfrentamiento no resulta pulible ni con la estrategia del doble sentido ni con la de la cronología, un cierto orden y unidad proviene de investigar el campo sobre el que se aplica este determinismo. Con contadas excepciones en los textos teóricos..., el determinismo se ejecuta sobre una realidad netamente política. El hombre se relaciona con una fortuna dominadora en una esfera habitualmente política. De este modo, incluso el determinismo más intenso, desde un punto de vista político podría convivir en la mente de Maquiavelo con una idea no determinista de la moral o de la metafísica” (p. 285).

Esto es, el primero de los grandes conceptos tratados por Saralegui, el del determinismo, presenta contradicciones microtextuales no resolubles y contradicciones macrotextuales en las que solo cabe identificar sus polos semánticos y distribuirlos en campos epistémicos, el de la política, el de la moral, el de la metafísica, sin posibilidad de composición alguna. El tercer capítulo, *la contradicción de la virtud*, reconoce la masiva presencia y la pluralidad de usos del término: virtud como capacidad bélica o como cualidad del buen gobernante, especialmente del fundador de un cuerpo político, en relación a los ámbitos de acción, pero también, cruzándose con estas esferas, como habilidad individual y, también, colectiva, ahora según el agente de quien se predica. El problema pues del término “virtud” en Maquiavelo, dice Saralegui, es su extremada amplitud semántica. Una indeterminación que es incompatible con la contradicción. No pueden darse contradicciones allí donde faltan núcleos semánticos precisos, en esa penumbra conceptual en la que *todos los gatos son pardos*. De la ambigüedad nada puede seguirse; tampoco la contradicción. Por tal razón, solo en fragmentos textuales lo suficientemente estrechos como para excluir la posibilidad de la pura diáspora semántica a lo largo de

«Parte de un principio básico: no se debe presuponer en ningún caso la coherencia»

diversos ámbitos e imponer cierto grado de precisión pueden encontrarse contradicciones microtextuales. Saralegui encuentra y analiza varios de ellos pertenecientes a *El príncipe*. En relación al primero, capítulo VIII, concluye que aparecen dos significados de virtud “que se repelen mutuamente”, que resultan incompatibles: simultáneamente en el terreno político la virtud es considerada como una capacidad ajena a la moral y como un conjunto de reglas de índole moral que modulan la forma que ha de poseer la acción humana. El segundo fragmento afecta al capítulo XV, donde la contradicción estriba, argumenta Saralegui, en que Maquiavelo considera alternativamente como virtud o vicio acciones que postula orientadas al mantenimiento del poder. Sucede algo análogo respecto a la generosidad del príncipe en el capítulo XVI y, en fin, en el capítulo XVII se evidencian oscilaciones valorativas sobre la crueldad. En el último de los capítulos centrales, el cuarto, Saralegui se ocupa de las contradicciones en que incurre Maquiavelo en relación al concepto de “acción” en base a las cuales se puede afirmar tanto que su teoría política reviste un carácter consecuencialista, es decir, que enjuicia la acción en base a sus resultados, como que es de naturaleza formal en cuanto que lo determinante en ésta es la intención del agente o la forma que reviste. Ambos polos encuentran apoyo textual explícito. Contradicciones de tipo macrotextual fundamentalmente, aunque tampoco están ausentes las microtextuales, están involucradas a juicio de Saralegui en este último término. Las contradicciones presentes en este campo temático no son tan acusadas como en los anteriores, pero, sin embargo, como afectan fundamentalmente a los ejemplos que utiliza Maquiavelo, César Borgia, Fernando el Católico y Roma, todos ellos de notoria entidad, les resta efectividad y menoscaba su imagen como historiador y analista político, señala Saralegui.

Maquiavelo y la contradicción se cierra con un capítulo conclusivo de unas 10 páginas titulado *El significado de la contradicción* en el que Saralegui señala que el carácter intrínsecamente contradictorio de Maquiavelo impide la construcción de una interpretación *unitaria* del mismo. Ello, no obstante, es obvio; tal vez la interpretación deba más bien, traspasando los lindes del pensamiento de Maquiavelo, poner en constelación el objeto *Maquiavelo* con

«En principio, el segundo y el tercer tipo de contradicciones, las microtextuales y las macrotextuales no racionalizables diacrónicamente, constituyen frente al primero de ellos, éste más bien un lugar común, el centro de interés del trabajo de Saralegui»

«Y, tal vez, podría además explorarse qué puede iluminar hoy el contradictorio Maquiavelo, uno de los fundadores del pensamiento político moderno, en unos tiempos estos en los que todo parece haberse puesto patas arriba»

su convulso tiempo histórico de grandes transformaciones a fin de a través de esas contradicciones iluminar el uno por el otro. Y, tal vez, podría además explorarse qué puede iluminar hoy el contradictorio Maquiavelo, uno de los fundadores del pensamiento político moderno, en unos tiempos estos en los que todo parece haberse puesto patas arriba; sobre todo ese *anti-proyecto* postmoderno, por la tozudez de los acontecimientos, que precariamente ha sobrevivido a base de negaciones abstractas y puramente gestuales de aquello que culminó esa modernidad en cuya antesala se encuentra Maquiavelo: la ilustración. Parece que a todo esto apunta Saralegui, sin, sin embargo, entrar en ello; justo aquello que torna significativo el perfil de Maquiavelo trazado. Estas dos cuestiones, la de la inserción de Maquiavelo en el Renacimiento, en la cual las contradicciones develadas pueden ser leídas en clave de la dialéctica entre lo antiguo y lo nuevo que constituye a tal tiempo, y la relativa a su actualidad vinculada a la posibilidad de activar potenciales de su poliédrico pensamiento a fin de elucidar nuestro presente que también se debate entre lo dado por viejo y lo que se presenta como novedoso, son apenas mencionadas en las últimas páginas de la obra. Y justamente en la última de ellas se ventila el estatuto del autor, y la forma en que se la resuelva marca la diferencia entre la historiografía o el pensamiento político. Al final, Saralegui, se limita a calificar a Maquiavelo como un “filósofo defectivo”, por fragmentario, asistemático y contradictorio, vinculándolo con lo que desde hace algún tiempo se ha presentado como lo nuevo, como el nuevo hacer y entender: “Son muchas –dice- las características que hermanan a Maquiavelo con la postmodernidad. Específicamente... la asistematicidad de su pensamiento lo hermana con corrientes como el pensamiento débil” (p.437). Pero justo aquí calla Saralegui. Donde debía construir una imagen legible de Maquiavelo a través de la cual ejerciera la tarea de compromiso para todo filósofo consistente en el desciframiento y evaluación de su tiempo cesa la reflexión. Con ello la interpretación queda manca y al no asumir su propia posibilidad, el ir más allá, tampoco es ya apenas reconstrucción.

José Félix Baselga